

Pablo y Europa Frutos permanentes del Espíritu

Juan Miguel Díaz Rodelas

Antes que nada, deseo dar las gracias a los organizadores de estas Jornadas, que han tenido a bien invitarme a participar en ellas con esta ponencia. Fue en concreto Luis M^a quien contactó conmigo y me indicó que, en el marco del Año Paulino que está celebrando toda la Iglesia, podía hablar de “S. Pablo y Europa”. El tema propuesto era, sin duda, muy general y permite desarrollos casi infinitos. Se trataba de escoger entre todos ellos, y un servidor ha querido hacerlo de acuerdo con el subtítulo de esta conferencia: frutos fecundos del Espíritu.

Pero antes de entrar en materia querría hacer una indicación sobre un componente del título. La indicación les puede parecer evidente, pero no creo sea superfluo hacerla: cuando se dice Europa se entiende también Canarias, pues, más allá de la geografía y de otros componentes y sensibilidades más recientes, estas islas son parte integrante, cultural y religiosamente, de lo que ha sido y es Europa.

Volviendo a la conferencia y a su temática: mi propuesta concreta es repasar algunos de los grandes temas abordados por S. Pablo en cartas dirigidas a las comunidades de Europa, reconociendo en ellos un fruto fecundo del Espíritu para los creyentes de la Europa de entonces y para los creyentes de la Europa de hoy, que, en medio de una profunda crisis de la sociedad y la cultura de la que forman parte, están convencidos del valor permanente del mensaje de Pablo para sus propias vidas y para el futuro de la Europa que en su mayoría ha sentido el influjo más que positivo de dicho mensaje.

1. FRUTOS FECUNDOS DEL ESPÍRITU

El mensaje de Pablo, los grandes temas que aborda en sus cartas a comunidades de Europa y que trataremos de presentar a continuación, fueron fruto del enorme esfuerzo de reflexión sobre el acontecimiento de Cristo hecho por el Apóstol tras la experiencia extraordinaria en el camino de Damasco. Pero fueron sobre todo frutos del Espíritu. Lo fueron en términos generales porque es el Espíritu el que ha conducido la vida de la Iglesia desde los comienzos, de modo que sin él hubiera sido imposible dar testimonio de Cristo (cf. Hech 1,8), anunciar el Evangelio (cf. 1 Cor 1,16). Pero lo fueron también en particular. Me explico: en los Hechos de los Apóstoles, segundo de los dos libros atribuidos a S. Lucas, nos cuenta el evangelista que, tras separarse de Bernabé, Pablo continuó su actividad misionera acompañado por Silas y Timoteo y los tres comunicaban las decisiones de la Asamblea de Jerusalén a las comunidades cristianas ya existentes (Hech 16,4-5). Y sigue diciendo Lucas: “Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido anunciar la palabra en Asia. Al llegar cerca de Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo consintió. Entonces dejaron Misia a un lado y bajaron a Tróade. Aquella noche Pablo tuvo una visión: se le apareció un macedonio, de pie, que le rogaba: ‘Pasa a Macedonia y ayúdanos’. Apenas tuvo la visión, inmediatamente tratamos de salir para Macedonia, seguros de que Dios nos llamaba a predicarles el Evangelio” (15,6-9). Un macedonio se le apareció en una visión nocturna diciéndole que pasara a Macedonia; el Espíritu les impide anunciar (seguir anunciando, claro) la Palabra en Asia, no les consiente entrar en Bitinia: es decir, Dios por su Espíritu, encamina los pasos de Pablo hacia Europa. Lucas lo tiene claro: el anuncio del Evangelio en Europa lo hizo Pablo a impulsos del Espíritu. Porque nada pasa en la Iglesia, nada hace el creyente, el anunciador del Evangelio que no ocurra a impulsos del Espíritu. Los frutos fecundos de la misión en Europa, concretados en las cartas de Pablo a las comunidades allí fundadas, por él mismo o por otros misioneros de la fe, eran en último término y realmente frutos del Espíritu.

Frutos fecundos para las comunidades de Europa entonces, y frutos fecundos para la Iglesia en Europa en estos comienzos del s. XXI.

2. JESUCRISTO EN EL CENTRO

2.1 Jesucristo, referencia primera del cristiano y de la comunidad

El primero de esos frutos, lo primero que se debe afirmar sobre el mensaje de Pablo a la Europa de entonces y de hoy es el carácter central de Jesucristo. Basta abrir la carta a la primera comunidad fundada por Pablo en el que llamamos viejo continente y ver cómo se presenta en ella el Apóstol a sus cristianos de Filipos: “Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos” (Fil 1,1).

El Apóstol y su fiel colaborador Timoteo son “siervos de Cristo Jesús”, es decir, se entienden al modo de las grandes figuras del pueblo de la Primera Alianza, a saber, desde Dios y como servidores suyos; lo cual, en el hoy de la plenitud que ha irrumpido en el mundo por medio de Jesucristo, se traduce en ser “siervos de Jesucristo”, el único Señor, ante quien ellos y cuantos creen en él, doblan su rodilla (cf. Fil 2,11) y anticipan así la adoración que un día le prestará toda la creación, cuando él entregue su Reino al Padre y Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15,24).

Lo mismo que Pablo y Timoteo, también la comunidad de Filipos, que cree en Dios Padre, se define desde Jesucristo. La forma de expresión de la referencia a Cristo no es en este caso la misma que se usaba en relación con Pablo y Timoteo; los cristianos de Filipos (Pablo se refiere a ellos llamándolos “santos” por cuanto que, por el bautismo, se hallan insertos en el ámbito de santidad que es Dios mismo) “están en Cristo Jesús” (1,1). El origen de esta expresión hay que buscarlo seguramente en el mismo rito del bautismo, punto de arranque del ser cristiano, que, como bien saben ustedes, significa –y en los primeros tiempos lo significaba de manera plástica, visualmente– sumergirse en el agua y, a través de ella, en cuanto signo eficaz, sumergirse en Cristo uniéndose a su misterio y quedar situado permanentemente, como consecuencia de ello, en el radio de acción que es Jesucristo, quedar unido permanentemente al misterio de su muerte y de su vida (Rom 6,1ss).

2.2 “Que Cristo murió... y resucitó” (1 Cor 15,3-4)

Porque Cristo es para Pablo, antes que nada y por encima de cualquier otra cosa, el crucificado y resucitado de entre los muertos.. Lo dice el propio Apóstol cuando escribe a los cristianos de Corinto y les recuerda el Evangelio

que él había recibido y les había transmitido: “Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que resucitó al tercer día, según las escrituras; que se apareció a Cefas, luego a los Doce...” (1 Cor 15,1-5).

En determinados casos y por razones muy especiales el Apóstol puede acentuar este o aquel aspecto del misterio de salvación acontecido en Jerusalén y hecho realidad permanente por la predicación (cf. Rom 3,21) y las celebraciones cristianas (cf. Rom 6,1ss; 1 Cor 11,17ss). Así, a los mismos corintios, tentados de oscurecer el misterio de la cruz hasta el punto de considerarlo una locura, Pablo se presenta como quien predica “a Cristo y a éste crucificado” (cf. 1 Cor 1,23). En otros casos, recogiendo tal vez una expresión hecha de la fe compartida y proclamada en el marco de las celebraciones comunitarias, hablará de la fe que afirma desde lo más hondo del corazón el señorío de Cristo, y de la proclamación pública de su resurrección de entre los muertos (cf. Rom 10,9). Pero lo más normal es que afirme, en expresión equilibrada, los dos aspectos del misterio; así ocurre, p. ej., en Rom 4,24-25: “Y la Escritura no dice solamente por él (Abrahán) que le fue contado, sino también por nosotros,... que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos, a Jesús Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestros pecados (en clara referencia a la muerte) y resucitó para nuestra justificación”.

La necesidad de la predicación y de la afirmación creyente de ambas dimensiones del misterio salvador fue percibido como una de las herencias más preciadas del Apóstol en las generaciones futuras. Así interpreta un servidor el famoso episodio de la predicación de Pablo en el Areópago de Atenas, que S. Lucas nos transmite –vuelvo a repetir que esta es la interpretación que un servidor hace de este pasaje– no como un modelo de adaptación del mensaje cristiano a la mentalidad de los oyentes y, además y, dados los resultados negativos de dicha adaptación, como expresión de la dificultad que experimenta el mundo de los intelectuales para acoger el mensaje cristiano, sino como modelo de una predicación de resultados más bien pobres –se convirtieron “Dionisio Areopagita, Dámaris y algunos más con ellos” (Hech 17,34)– debido a una presentación incompleta del mensaje cristiano. Si se fijan Vds., pese a estar muy bien construido en su primera parte, el discurso paulino apenas si alude a Jesucristo, y desde luego la muerte en la cruz se menciona sólo de forma indirecta.

2.3 “... de la estirpe de David e Hijo de Dios” (Rom 1,3-4)

Volviendo a los textos de las cartas “europeas” de Pablo y manteniéndonos en el terreno de la centralidad del misterio de Cristo, creo interesante evo-

car otros dos que completan la comprensión paulina de dicho misterio. El primero tiene que ver con una de las expresiones que se repetía dos veces en el “Evangelio” recordado por Pablo a los Corintios: “Cristo murió... según las Escrituras” y “resucitó... según las Escrituras”. La expresión “las Escrituras” se refiere sin duda a las Escrituras Santas de Israel, testimonio vivo de la fidelidad permanente de Dios a su pueblo. Al decir que la muerte y la resurrección de Cristo ocurrieron “según las Escrituras”, Pablo, y con él todo el cristianismo naciente (“tanto ellos como nosotros, esto es lo que predicamos”, afirma en 1 Cor 15,11) afirman que el misterio del Señor muerto y resucitado fue expresión de la voluntad de Dios, cumplimiento, paradójico ciertamente, pero real de las profecías, sí de Dios, amén definitivo a todas sus promesas (cf. 2 Cor 1,20).

También a las promesas hechas a David. Y aquí es preciso traer a colación el primero de los dos textos que, según decía más arriba, deseaba evocar: Rom 1,1-4. También aquí habla Pablo del Evangelio y dice de él que Dios lo había “prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Santas” (1,1-2) –una vez más la referencia a las Escrituras, calificadas aquí de “santas – y que tiene como contenido al “Hijo de Dios, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder por el Espíritu de santidad desde la resurrección de entre los muertos” (1,3-4). Es decir, que la buena noticia sobre el acontecimiento de la muerte y resurrección salvadoras de Cristo lo es también y al propio tiempo sobre su condición de Mesías descendiente de David, el cual, desde su resurrección, ha sido constituido Señor poderoso de todos los pueblos. El Evangelio que anuncia la salvación acontecida es también anuncio de la condición del sujeto de los acontecimientos salvadores.

Así, pues, Pablo anunciaba el misterio del ser de Cristo lo mismo que anunciaba el de su muerte y su resurrección. Y la comunidad que acogía ese anuncio creía también aquel misterio. Creía en él y lo cantaba en sus asambleas comunitarias... desde los comienzos. Volviendo a la carta a los Filipenses y más en concreto al himno que Pablo recoge en ella¹, impresiona descubrir en él una de las expresiones más hondas y más primitivas de la condición divino-humana del sujeto de las afirmaciones del himno, Cristo: existía en la forma de Dios y poseía la dignidad propia de esa condición, pero se despojó de sí mismo, tomando la forma de esclavo, es decir, se hizo hombre, con todas las consecuencias que ello com-

¹ Sobre la existencia de este texto antes de la composición de Fil, cf. recientemente.

portaba: vivir en actitud de obediencia ante Dios, asumiendo el ser hasta la muerte propio de los humanos y que en el caso de Cristo se concretó en una muerte ignominiosa, reservada a los criminales, una muerte de cruz (Fil 2,6-11).

Cristo, pues, en el centro; Cristo, en el misterio de su entrega amorosa y de su resurrección gloriosa; Cristo en el misterio de su ser Dios y hombre. Herencia preciosa de Pablo a los cristianos de la Europa del s. XXI que quieren mirar con esperanza al futuro para seguir creyendo en él y seguir anunciando a los hombres y mujeres la salvación que hay en él.

3. VIVIR DESDE LA FE

En la Carta a los Romanos, considerada por algunos el Testamento de Pablo, éste reflexiona ampliamente sobre uno de los problemas que más quebraderos de cabeza le procuró y cuya solución halló expresión en sus cartas (Gal y Rom) en la conocida doctrina sobre la justificación por fe sin obra de ley.

3.1 Una actitud fundante y fundamental

Más allá del contexto polémico en que fraguó dicha doctrina y que tuvo a cristianos no europeos (los gálatas) como principales interlocutores, el contenido fundamental de la misma es la afirmación de la fe como actitud fundamental del ser humano en sus relaciones con Dios. Dios está en el origen de la salvación que nos ha sido ofrecida en su Hijo; Dios nos guía por su Espíritu hacia la salvación definitiva, porque “hemos sido salvados en esperanza” (Rom 8,24); Dios está al final del camino, como meta y contenido principal de nuestra esperanza, pues “cuando Cristo entregue el Reino al Padre”, entonces “Dios será todo en todas las cosas” (1 Cor 15,24.28). De lo que se trata es, pues, de creer; quiero decir, de fundar nuestra existencia en Dios (la doctrina de la justificación, antes mencionada, se refiere precisamente a eso, al fundamento de nuestra existencia ante Dios); de lo que se trata es de entregarnos a Dios confiadamente, seguros del gran amor de Dios Padre y que se ha manifestado ya en su Hijo Jesucristo (cf. Rom 5,8) y que él mismo ha derramado en nuestros corazones al regalarnos su Espíritu Santo (cf. Rom 5,5); un amor, el de Dios, del que nada ni nadie –ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados ni lo presente ni lo futuro...– podrá jamás separarnos (cf. Rom 8,39). De lo que se trata es, pues, de creer en Dios, de

vivir desde la fe en Dios y en el Hijo de Dios, “que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20).

3.2 La vida en Cristo

La fe es lo definitivo, lo determinante. Pero no pienso yo que Pablo elevara ninguna protesta si invocamos en este contexto las palabras de la Carta de Santiago, que algunos han querido oponer a la doctrina del Apóstol, y decimos que esa fe, que es lo definitivo, lo determinante, no puede ser una fe muerta (St 2,17).

En efecto, no han sido pocas las afirmaciones de S. Pablo que se han interpretado de manera incorrecta a lo largo de la historia, incluidos los mismos comienzos. Recordaréis las palabras de 2 Ped cuando habla de la sabiduría con que Pablo enseña en sus cartas, pero menciona a renglón seguido las cosas difíciles que hay en ellas y que algunos interpretan torcidamente (cf. 2 Ped 3,15b-16). También en el tema de la fe y las obras se ha entendido mal a Pablo; y se le puede seguir malentendiendo. Cuando el Apóstol postula vivir anclados en la fe como lo más determinante de nuestra existencia creyente, no está invitando a una vida de dejación, sin compromiso consigo mismo y con la comunidad, con los otros.

Todo lo contrario. La fe actúa por la caridad (Gal 5,6), dice el Apóstol en la misma carta, la dirigida a los Gálatas, en la que había proclamado el carácter exclusivo de la fe en orden a la justificación y la no validez de las obras para ese mismo objetivo. Soy consciente de que, al invocar en esta exposición la Carta a los Gálatas, traspaso los límites que me había señalado yo mismo al comienzo de la misma, es decir, los escritos dirigidos por Pablo a comunidades de Europa. Pero es que muchas de las cosas que el Apóstol había escrito a los bárbaros gálatas, las reitera de otro modo en su carta a los “amados de Dios” de la ciudad de Roma. En concreto, lo de la fe que actúa por la caridad adelantaba en positivo lo que Pablo iba a decir muy poco después en otros términos en la misma carta a los Gálatas. Hablo de sus palabras en 5,13-15. El pasaje es demasiado extenso y un servidor no quisiera alargarse más de lo debido en esta exposición. Por ello no lo voy a leer entero y me limito a citar el comienzo: “Habéis sido llamados a la libertad; pero no hagáis de esa libertad un pretexto para la carne” (5,13). Lo que el Apóstol quería decir con esta advertencia inicial lo desarrolla en el resto del pasaje recurriendo a la oposición “carne” – “espíritu”, que introduce del modo siguiente: “Os digo: proceded según el Espíritu y no déis satisfacción a las ape-

tencias de la carne” (5,16; y no creo que haga falta explicar que, al hablar de “carne”, no piensa Pablo en lo mismo que pensamos nosotros normalmente cuando usamos este término; “carne” es en sus escritos lo mismo que en el resto de la Biblia, es decir, el ser humano en su realidad mortal, débil, caduca, dejada a sus solas fuerzas). La continuación de esta llamada es una exposición más o menos extensa de “las obras de la carne” y “el fruto del Espíritu”.

Algo parecido hace el Apóstol –y dejamos Asia para regresar a Europa– en un pasaje de la Carta a los Romanos, algo más extenso tal vez que el de la Carta a los Gálatas y que comienza más o menos en estos términos: la justa exigencia de la ley, lo que la ley exigía del creyente se ha cumplido “en nosotros, los que caminamos, no según la carne, sino según el Espíritu. Efectivamente, los que viven según la carne desean lo carnal, mas los que viven según el Espíritu, lo espiritual” (Rom 8,4-5).

3.3 “La ley de Cristo” (Gal 6,2)

En definitiva: la vida cristiana es lucha, es tensión, es exigencia. Es salir de sí mismo y dejarse conducir por el Espíritu hacia ese ámbito de la alteridad, hacia el terreno del otro que es para mí, creyente, la presencia viva y personal del Dios que me ha amado en Jesucristo y que me invita a amar. “Llevad los unos las cargas de los otros, así cumpliréis la ley de Cristo” (Gal 6,2). Esto lo dice Pablo en Gálatas, donde también afirma: “Pues toda la ley alcanza su plenitud en un solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gal 5,14). De nuevo, más o menos lo mismo que afirma el Apóstol en Romanos: “Con nadie tengáis otra deuda que la del amor mutuo. Pues el que ama ha cumplido la ley... El amor es, por tanto, la plenitud de la ley” (Rom 13,8-10).

Hay en 1 Cor, carta a una comunidad europea, un pasaje que abre este mandado desde el plano meramente individual al comunitario. Se trata de un texto archiconocido en sí mismo y por las circunstancias que llevaron a su composición y que el propio Pablo refiere: “Al dar estas disposiciones, no os alabo, pues vuestras reuniones son más para mal que para bien. Pues ante todo, oigo que, al reunirnos en asamblea, hay entre vosotros divisiones” (1 Cor 11,17-18). No se puede creer en el amor y vivir al margen del amor. No se puede celebrar el amor –el misterio del amor entregado y hecho más amor para quien lo come como cuerpo entregado y lo bebe como sangre derramada–; no se puede celebrar el amor de

Cristo y cerrarse al hermano: “Mientras uno pasa hambre, otro se embriaga” (11,21); “eso, dice Pablo, no es comer la Cena del Señor” (11,20). Es, más bien, avergonzar al hermano que no tiene, despreciar la Iglesia de Dios (11,22). Es comer y beber sin discernir el cuerpo (11,29), comer el pan y beber el cáliz indignamente (11,27) y, consiguientemente, comer y beber la propia condena (11,29).

Así de serio se pone Pablo. Y así de duro. Con una dureza que no es, sin embargo, la del Apóstol agrio y amargado en que algunos quisieran convertirlo, sino la de quien es consciente del gran amor que Dios nos ha tenido y de la gran revolución personal y comunitaria que ha introducido en el mundo la manifestación de ese amor.

3.4 Según el Espíritu

Hay aún en este terreno de la necesaria expresión de la fe en la existencia un aspecto de la enseñanza de Pablo a sus cristianos de Europa –de entonces y de hoy– que no conviene olvidar, pues ello supondría embarcarse en un activismo estéril y frustrante, en una forma nueva de fariseísmo autocomplaciente. El amor que manifiesta la fe; el amor en el que la fe actúa y se muestra verdadera es un amor que nos es dado. Dejemos hablar a Pablo una vez más: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). El amor con que amamos es un don, no el resultado de ninguna forma de voluntarismo laborioso. Amamos con el amor que Dios nos da. Amamos a impulsos del Espíritu. Amamos porque Dios nos ha regalado su Espíritu. Amamos y actuamos así en cualquier dimensión de nuestro vivir cristiano. Vivir las exigencias de la fe no es para el creyente sometimiento resignado ni aceptación voluntaria de unas normas que están fuera de nosotros. El cristiano vive, dice Pablo, según el Espíritu. Es decir, su vivir cristiano, su comportamiento, su conducta es respuesta amorosa, y por supuesto, libre al amor de Dios que nos ha dado su Espíritu; ese Espíritu vive en nosotros y en nosotros, desde dentro, suscita aquella respuesta al amor en el amor. Suscita la respuesta al amor regalado con el Espíritu. La existencia cristiana, el vivir cristiano, el comportamiento cristiano son, pues, esencialmente, espirituales en el mejor sentido de este término; es decir, son vida, conducta impulsada por el Espíritu.

Y donde está el Espíritu allí está la libertad (cf. 2 Cor 3,17). No me resisto a volver a la carta no europea que he citado ya tantas veces: “Para ser libres nos

ha liberado Cristo”, dice Pablo en ella a los cristianos de las comunidades gálatas. “Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud”. Pero, también de esta llamada apremiante, encontramos en Romanos un eco más que evidente, bien que expresado en forma de aserto categórico: “No estáis bajo ley, sino bajo gracia” (Rom 6,14.15). Bajo gracia, en libertad, al impulso del Espíritu... Casi nada.

4. SER IGLESIA

4.1 Un cuerpo; muchos miembros (cf. 1 Cor 12,12)

Pero no podemos hablar del Espíritu, no podemos hablar de Pablo, de sus cartas de ayer a las primeras Iglesias de Europa –y a todas las Iglesias de Europa-Canarias hoy– sin referirnos a la Iglesia, a la dimensión eclesial del ser creyente, del estar y del vivir en Cristo. Tal dimensión ha quedado ya señalada más arriba cuando, al considerar la fe que actúa por la caridad, apuntábamos la necesidad de que ese amor se manifieste en relación con la comunidad. Pero parece necesario recalcar ahora dicha dimensión hablando del Espíritu. Dice Pablo, en efecto, a los cristianos de Corinto (1ª Carta): “Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu en orden a un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber un solo Espíritu”. Unidos a Cristo por la fe, impregnados de su Espíritu por las aguas transformadoras del bautismo, los cristianos formamos “un solo cuerpo”.

Es sabido que Pablo no inventa la comparación de un grupo humano –los cristianos de Corinto, en este caso– con la realidad del cuerpo. Era un recurso habitual entre los filósofos populares y tratadistas de política de la época. A Pablo se debe la aplicación del símil a la comunidad cristiana; lo hace en 1 Cor 12,12: “Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es Cristo”. La simple lectura del primer término de la comparación permite concluir fácilmente que, de la realidad del cuerpo, a Pablo le interesa acentuar su condición de cuerpo uno y la multiplicidad de los miembros que lo componen. El desarrollo de este término de la comparación a partir de 12,14 mostrará que la idea de la multiplicidad de los miembros se amplía con la de su diversidad. Unidad, pues, y multiplicidad-diversidad; acentuación de esta última como antídoto frente al uniformismo monocorde y desvitalizador; acentuación de la unidad frente al peligro de la

afirmación individualista y disgregadora de cada uno de los miembros. Todos los miembros, muchos y diversos, en la unidad del cuerpo. Unidad en la multiplicidad y diversidad.

4.2 La Iglesia, cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12,27-28)

Frente a la lógica de las expresiones que componen el primer miembro de la comparación, la formulación del segundo resulta del todo singular y muestra que el Apóstol se eleva muy por encima de la simple comparación. “Así es Cristo”, dice (12,12b). Queriendo decir: el grupo que forman los cristianos no son sólo como un cuerpo; son un cuerpo. Por la unión de cada uno de los creyentes a Cristo y por el Espíritu uno en el que todos han sido bautizados y que los penetra a todos, todos forman “un cuerpo” (12,13). Poco antes, en la misma carta y en relación con otro problema –la carne inmolada a los ídolos–, había dicho Pablo hablando de la Eucaristía: “El cáliz que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Y puesto que el pan es uno, todos formamos un cuerpo” (10,16). También aquí habrá que esperar a la explicación del segundo término de la comparación para leer que ese cuerpo es “el cuerpo de Cristo” (12,27a) y que, en definitiva, se identifica con la Iglesia (12,28).

4.3 La Iglesia que Dios ha querido (cf. 1 Cor 11,27-30)

Un cuerpo: llamada a la unidad en un mundo que dispersa. Llamada a vivir la unidad del cuerpo de Cristo que es la Iglesia frente a cualquier tentación de afirmación individualista y disgregante de la propia comprensión del misterio del amor de Dios manifestado en Cristo o del propio misterio de la Iglesia en sus distintos componentes. Unidad en la afirmación de los diversos servicios, carismas y funciones que tienen como origen, como causa y como garante al Dios uno y trino (cf. 12,4-11). Unidad en la diversidad de funciones, “pues Dios ha puesto en la Iglesia primeramente a los apóstoles, en segundo lugar a los profetas, en tercer lugar a los maestros; luego los milagros, luego el don de curaciones, luego... ¿Acaso son todos apóstoles, o todos profetas o todos maestros...?” (12,28-29).

Y Pablo, consciente de ello, recuerda en otro lugar sus relaciones, no siempre fáciles (cf. 2,11-14), con Cefas y con los notables, los que era considerados co-

lumnas en la comunidad (cf. Gal 2,2.6-10). Recuerda igualmente la serie y la función propia –y en ciertos casos única² de quienes se encontraron con el Señor resucitado: Cefas, los Doce, Santiago... (1 Cor 15,5-7). A los cristianos de Filipos les escribe saludando entre todos de una manera especial a los “episcopos y diáconos” (Fil 1,1). ¿Quiénes eran estos tales? No lo sabemos a ciencia cierta. No ciertamente los obispos y diáconos tal y como se entendieron en la Iglesia posterior; pero tampoco meros comisionados por la comunidad para desempeñar funciones de vigilancia y servicio provisionales. Su mención específica y diferenciada junto al resto de la Iglesia de Filipos manifiesta por sí sola que eran algo más. Y lo eran porque Dios los había puesto en la Iglesia como tales (cf. 1 Cor 12,27-30). ¿Eran presidentes de las comunidades? Se podría admitir esta interpretación, sin forzar demasiado las cosas, recordando la exhortación del propio Pablo a los cristianos de Tesalónica en la primera carta que les dirige y que constituye el documento más antiguo del NT y, consiguientemente, de toda la literatura cristiana: “Os pedimos, hermanos, que tengáis en consideración a los que trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan” (1 Tes 5,12). Resulta difícil saber cuáles eran exactamente las funciones de estos tales, pero en cualquier caso eran diferentes de las del resto de los miembros de la comunidad y, por las expresiones utilizadas, eran del todo singulares.

4.4 “Judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres” (cf. 1 Cor 12,13; Gal 3,28)

En cualquier caso, una Iglesia con funciones distintas pero en la que tenían cabida todos. Entre las aportaciones singulares de la reflexión paulina sobre el acontecimiento Jesucristo al patrimonio de la Iglesia de los comienzos se cuenta sin duda el sentido de la universalidad. El apóstol nos ha dejado en sus cartas expresiones preciosas de este su convencimiento, entre ellas la que encontramos en el comienzo de la consideración de la Iglesia como cuerpo de Cristo en 1 Cor 12. En efecto, inmediatamente después de haber evocado el símil, y como fundando la segunda parte de la comparación –“Así es Cristo”–, dice: “Pues todos nosotros, judíos y gentiles, esclavos y libres fuimos bautizados en un solo Espíritu en orden a un solo cuerpo”. Judíos y gentiles, esclavos y libres: dos pares de expresiones polares cada una de las cuales comprende la entera humanidad desde

2 Sobre el valor del nombre “Cefas” y del apelativo “los Doce” en el contexto de 1 Cor 15,3ss, cf.

las divisiones que se establecían en ella por razones religioso-culturales o sociales. Tales divisiones, afirma el apóstol, han sido superadas en Cristo y en el cuerpo uno que forman los creyentes por la unión de todos sus miembros con él y entre sí. Una Iglesia sin fronteras, de puertas abiertas, en la que no haya nada que separe y cuyo centro sea la confesión de fe en el único Señor de todos: ¡qué fruto fecundo del Espíritu en la mente de Pablo para las Iglesias de Europa de entonces y de ahora.

4.5 “...nos sentamos y trabamos conversación con las mujeres que habían acudido” (Hech 16,13)

En el marco de esta parte de la conferencia referida a la Iglesia y hablando de Pablo y Europa no se puede dejar de lado un detalle, aparentemente anecdótico, pero profundamente significativo, sobre los comienzos de la evangelización de Europa: tras la indicación del Espíritu de que pusieran rumbo hacia allí, S. Lucas nos cuenta que Pablo y sus compañeros de viaje se hicieron a la mar en Tróade y pusieron rumbo hacia Samotracia; al día siguiente salimos para Neápolis” (16,11). Nada de una posible evangelización en esas dos ciudades ya europeas. Llegados a Europa, la evangelización propiamente dicha comienza en “Filipos, primera ciudad del distrito de Macedonia y colonia romana” (16,12), siendo un grupo de mujeres las primeras personas con las que contactan y las primeras convertidas de Europa.

5. “... HASTA QUE ÉL VENGA” (1 Cor 11,26)

Finalmente: nunca mejor dicho, pues voy a referirme a la dimensión escatológica de la vida cristiana. Debo hacerlo de forma breve, casi telegráfica, limitándome a citar frases del Apóstol: “Hemos sido salvados en esperanza” (Rom 8,24). Porque esto es así, nuestra vida se abre, como la esperanza, al futuro y el futuro está en las manos de Dios. El futuro es Dios mismo. En la Eucaristía, en toda la vida cristiana, de la que aquella es fuente y culmen, anunciamos la muerte del Señor hasta que él vuelva (cf. 1 Cor 11,26). “No queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza” (1 Ts 4,13).

Vivimos en la esperanza del cielo nuevo y de la tierra nueva (cf. Ap). Ciertamente que esta esperanza no nos exime de la responsabilidad y el compromiso por avanzar ya en este mundo como en primicias la plenitud del mundo futuro. Vivir en el amor significa, obliga a realizar el amor en la justicia interpersonal y social. Es preciso que se note que la fuerza transformadora del Reino de Dios que anunció Jesús desde los comienzos de su actividad (cf. Mc 1,15) ha irrumpido ya en nuestro mundo por su muerte y su resurrección. Pero, lo queramos o no, no tenemos aquí morada definitiva. Nuestra morada terrena está destinada a la destrucción; se va desmoronando. (cf. 2 Cor 4,16ss). Nos lo recuerda Pablo, “Apóstol de Cristo por voluntad de Dios” (2 Cor 1,1).

Pero hemos sido salvados en esperanza. Y la esperanza no defrauda (Rom 5,5): Cristo ha resucitado. Y lo ha hecho como grito divino contra toda forma de mal, contra toda miseria humana, contra todo sufrimiento, contra toda injusticia, contra todo pecado, contra toda forma de muerte. Cristo ha resucitado. Y lo ha hecho como primicia: ¡con qué fuerza lo recalca Pablo ante las dudas de algunos corintios frente a este aspecto irrenunciable de la fe cristiana! (1 Cor 15,20).

Es decir, Cristo resucitó y también nosotros resucitaremos. Por eso, desde el presente –todo presente, se manifieste como se manifieste, con superabundancia de todo para todos o con crisis profundo para la mayoría– miramos confiados hacia el futuro, miramos el futuro llenos de esperanza. Porque el futuro es de Dios. Y Dios es amén, firmeza absoluta, solidez imbatible. Dios es Dios. Y nosotros, cristianos del s. XXI, seguimos creyendo en su amor y queremos seguir creyendo contra toda esperanza, como Abrahán, el padre de los creyentes (Rom 4,18). Queremos seguir creyendo como creyó Pablo, el Apóstol de los gentiles. Lo mismo que él, también nosotros sabemos de quién nos hemos fiado (cf.), seguros de que, si Dios no ahorró a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, un día nos lo dará todo con él (Rom 8,32) y seremos salvos por su vida (cf. Rom 8,9 y 10).

Mientras, caminamos a impulsos del mismo Espíritu que dirigió los pasos de Pablo hacia Europa y que sacó de su pluma frutos fecundos para el futuro de aquellas comunidades y de nuestras comunidades.